

C-82

YA 18-2-89

No se representarán las tragedias de Edipo

Lorca vuelve en abril al teatro Español

Eduardo Galán

Federico García Lorca y su teatro volverá a formar parte de la cartelera teatral madrileña a partir de mediados del próximo mes de abril, ocupando el escenario del teatro Español, dependiente del Ayuntamiento de Madrid, al que no volvía desde el año 1986 en que se representó *«La casa de Bernarda Alba»*.

Frente a lo anunciado por el teatro Español a principios de temporada, ya no se representarán las tragedias griegas del ciclo Edipo. En su lugar, Miguel Narros, director del teatro Español, ha decidido poner en escena *«Así que pasen cinco años»*, pieza vanguardista de Federico García Lorca, subtitulada *«Leyenda del tiempo en tres actos y cinco cuadros»*.

Según fuentes del teatro, el estreno está previsto para el próximo 21 de abril. En el reparto figuran Pastora Vega, Cristina Marcos, Ana Labordeta, Angel de Andrés, Carlos Hipólito, Micky Molina y Heito Pedregal, entre otros.

Todavía no han comenzado los ensayos de la obra, puesto que, además, el coliseo madrileño estará dedicado desde mañana, hasta el 20 de marzo, al Festival Internacional de Teatro de Madrid, así como otros teatros oficiales de la capital.

«Así que pasen cinco años» constituye una de las piezas más originales del teatro de Federico García Lorca, que últimamente no había sido representado en un teatro oficial. Con esta obra, si la programación se complica, y si la asistencia de público lo confirma, como es de esperar, esta obra de Lorca será, probablemente, la que permanezca hasta el final de temporada en el citado teatro madrileño.

Tras los recientes éxitos de *«El público»*, y los *«Cinco Lorcas, cinco»*, representadas ambas obras en el teatro María Guerrero, sede del Centro Dramático Nacional, el teatro Español se reincorpora al homenaje del que viene siendo objeto nuestro excelente poeta y dramaturgo desde que en 1986 se cumplió el cincuentenario de su muerte.

Atrás quedan puestas en escena de una calidad envidiable como la que se produjo hace tres años con *«La casa de Bernarda Alba»*, representada también en el teatro Español.

De nuevo Lorca y las marionetas, en el Español de Madrid

Nuria Roig

«*Así que pasen cinco años*», de **Federico García Lorca**, que se ensaya actualmente, será la obra que cerrará la temporada del teatro Español, de Madrid. La obra será estrenada el 21 de abril y permanecerá en cartel hasta el 2 de julio.

Paralelamente, para los más pequeños el Español va a contar con una actividad, tan querida por **García Lorca**, inusual en el coliseo: la marionetas «*Amor de Don Perlimpin con Belisa en su jardín*», que se presentará en el salón Rojo del citado teatro, de martes a sábados, durante todo el mes de mayo.

Inauguración del Museo Numantino

El ministro de Cultura, **Jorga Semprún**, inaugurará el día 17 de abril, las nuevas instalaciones del Museo Numantino de Soria, tras las obras llevadas a cabo y que comenzaron en el año 1981.

El Museo contará, a partir de ahora, con seis salas de exposición

y los fondos estarán repartidos en dos bloques, uno de ellos dedicado a la arqueología en general y el segundo a los yacimientos existentes en la provincia, concretamente los de Uxama, Tiermes y Numancia.

Oleos de Mariano Souza

Los óleos últimos del pintor **Mariano Souza** se exponen desde el pasado miércoles y hasta el 24 de este mes en la galería de arte Torres Begué (calle Fernán González, 31) en Madrid. **Mariano Souza** es un pintor que juega con la figuración y el abstracto abundando en las tonalidades ocres.

Becas para el Ballet Nacional

El Instituto Nacional para las Artes Escénicas y de la Música convoca para este año seis becas de perfeccionamiento para jóvenes bailarines clásicos españoles, que cursarán estudios en la sede del Ballet Nacional de Cuba en La Habana, bajo la dirección de **Alicia Alonso**.

Las becas están dotadas con 750.000 pesetas cada una, y podrán optar a ella todos los profesionales españoles menores de veintitrés años que acrediten títulos y certificados de estudios sobre la materia de esta especialidad artística o experiencia suficiente en el campo de la danza clásica.

Cine fantástico en Madrid

Del 21 al 29 de este mes se celebrará el décimo festival internacional de Madrid (IMAGFIC), en el que se dedicará un homenaje póstumo a **John Cassavetes**, con la proyección de «*La furia*» y «*La semilla del diablo*». El festival cuenta con un presupuesto de quince millones de pesetas, igual que en la edición anterior, y se celebrará en el cine Palafox y en los multicines Picasso de Madrid.

Salamanca, ida y vuelta

El poeta **Carlos Murciano** ha puesto un bello prólogo al poe-

mario de **Juan Polo Laso**, «*Salamanca, ida y vuelta*», libro editado por «*Los libros de Salamanca*», que además cuenta con dibujos de **Gerardo Sánchez Cruz**. El poemario, escrito a lo largo del tiempo y de la vida. **Carlos Murciano** apunta que **Polo** trata en este libro de «*unir simbólicamente sus dos espacios vitales, para recomponer así su propia existencia, rota en el perenne nostalgiar de las dos orillas*».



DE Federico García Lorca se han estrenado, repuesto y adaptado a diferentes versiones teatrales varios de sus textos, pero siempre quedan, de los grandes autores, algunos perdidos u olvidados que casi nunca se han intentado. Este es, sin duda, el caso de «*Así que pasen cinco años*», una muestra del teatro de Lorca que ni él mismo pudo llevar a escena, a pesar de los años que dedicó a ello.

El intento que hizo Federico con *Pura Ucelay*, para montar esta obra, cumpliendo con los más mínimos caprichos de su creador, se quedó en intento. El poeta nunca estrenó aquel primer montaje de «*Así que pasen cinco años*». Otros lo hicieron, pero los años han pasado por este manuscrito que mecanografió *Pura Ucelay*, sin que se fijaran de nuevo en él.

Ahora lo hace el Teatro Español, bajo la dirección de Miguel Narros, y con un complemento de seminarios, mesas redondas y la representación de marionetas de «*Amor de Don Perlimplín con Belisa en su jardín*».

Fue precisamente la noche del estreno de esta pequeña obra, en el año 1933, cuando a Federico García Lorca se le ocurrió presentar a sus amigos «nuestro nuevo estreno», se refería a «*Así que pasen cinco años*».

Uno de los momentos



Un momento de la representación de «*Así que pasen cinco años*».

«ASI QUE PASEN CINCO AÑOS», EL TEATRO DEL ARTE DE LORCA

BEGOÑA PIÑA

«*Así que pasen cinco años*».

Autor: Federico García Lorca. **Dirección:** Miguel Narros. **Escenografía:** Andrea d'Odorico. **Música:** Enrique Morente. **Movimiento:** Arnold Taraborrelli. **Reparto:** Carlos Hipólito, Helio Pedregal, Pastora Vega, Miguel Molina, Perpe Loma, Ismael Martín, Fernando Sansegundo, Gabriel Garbisu. **Estreno:** Martes 25.

que se recuerdan, en gran parte gracias a la insistencia del editor *Losada*, que durante muchos años y ediciones de las «*Obras Completas*» del poeta lo repitió, es uno que introdujo en la historia de la obra *Pura Ucelay*.

Parece ser que al mecanografiar el manuscrito de Lorca, su gran amiga equivocó la expresión «*¡La baraja!*», por otra que le gustó mucho más al poeta y que no cesaba de repetir en los ensayos. El vocablo que

tanto inspiró a Lorca, amigo de inventar nuevas palabras, fue «*¡Lajaraja!*».

Pero no fueron sólo las palabras y el texto lo que preocupaba a Federico García Lorca, el movimiento y el ritmo de la representación casi llegaron a obsesionarle.

En una obra por donde se pasean varios personajes, en la más tradicional línea del teatro: el joven, el viejo, la mecanógrafa, amigos, gato, niño, criado, novia, jugador de rugby, criada de la novia, maniquí, arlequín, muchacha, payaso, máscara..., Lorca quiso que cada uno de ellos pisara y se trasladara de un lado a otro del escenario marcando distintos compases.

Margarita Ucelay recuerda que «cada personaje tenía que tener una forma distinta de moverse, un ritmo propio, independiente del ritmo acordado del movimiento es-

cénico. De aquí que se prestase la mayor atención a la manera de andar de cada actor, de mover los pies, de pisar el escenario».

Así, Federico García Lorca veía en escena al *Amigo Primero* «pisando fuerte», mientras que el *Criado* tendría que pasar por el escenario «sin hacer el menor ruido», tampoco era ruidosa la *Muchacha* que saltaba a la comba descalza. Había escenas premeditadas de «*cine mudo*», mediante una intervención de los *Jugadores* y pasos de can-can que interpretaba la *Máscara* al referirse a la ópera de París.

Lorca habría puesto este montaje en escena, pero finalmente, tras tres años de trabajo, no se llegó a estrenar. Ahora lo estrena el Teatro Español, con un reparto interesante y la dirección de Miguel Narros. La obra está prevista hasta el próximo día 2 de julio.

C-30

ABC 21-4-89

José Manuel COSTA

Se aplaza el estreno de «Así que pasen cinco años»

Madrid. S. E.

El estreno, previsto para hoy, de la obra de Federico García Lorca *Así que pasen cinco años*, bajo la dirección de Miguel Narros en el teatro Español, se ha visto pospuesto hasta el próximo día 25, en que se celebrará el estreno para el público, siendo el viernes día 28 el estreno oficial.

El retraso de la puesta en escena de esta obra de García Lorca ha sido debido, según fuentes del teatro, a los problemas surgidos a la hora de coordinar una complicada escenografía con las luces, que juegan papel primordial en la obra.

Como se sabe, *Así que pasen cinco años* está interpretada por Carlos Hipólito, Elio Pedregal, Pastora Vega, Miguel Molina, Manuela Vargas y la colaboración de Angel de Andrés, entre otros.

AGENCIA INTERNACIONAL CAMARASA
Plaza Reyes Magos, n.º 12 - 28007 MADRID

Recorte de:

LA VANGUARDIA

BARCELONA

Fecha:

Una obra escrita en 1933 e influenciada por la crisis vital del autor y el surrealismo

“Así que pasen cinco años”, pesadillas lorquianas en el teatro Español

Madrid. (Redacción.) - Lorca vuelve a ser el protagonista de la cartelera teatral madrileña. Además del anuncio que ha hecho el María Guerrero de que cerrarán la temporada con “La comedia sin título”, el próximo martes el teatro Español de Madrid estrena otro Lorca, arriesgado y surrealista: titulado “Así que pasen cinco años” y que permanecerá en cartel hasta el mes de julio. El director del montaje es Miguel Narros y, precisamente, el mismo fue quien montó la última representación de este montaje hace once años en el desaparecido teatro Eslava de Madrid. El reparto está encabezado por Carlos Hipólito e incluye veintitrés actores, la mayor parte de ellos jóvenes, entre los que hay que destacar el debut teatral de Pastora Vega, Miguel Molina, Ana Labordeta, Cristina Marcos y la bailarina Maniela Vargas.

Además de las representaciones de “Así que pasen cinco años”, el Español ha programado una serie de seminarios sobre el teatro de vanguardia de Federico García Lorca, que se celebrarán en el propio teatro y también en la Residencia de Estudiantes, lugar donde el poeta vivió en Madrid.

Preguntado Miguel Narros por este período sobre qué ocurre para que tras el año 86 —que fue el “año Lorca”— sigan siendo las obras del poeta las que ocupen los “platos fuertes” de los teatros públicos, contesta que “¿demasiado Lorca?, de eso nada. ¡Hay en Londres demasiado Shakespeare, en Francia demasiado Molière y en Italia demasiado Pirandello... Yo creo que cuando se tiene algo bueno no es demasiado, sobre todo, creo que es una obligación de los teatros públicos el hacerlo. Ade-

mas, seguramente en un momento tan pequeño de creación dramática como el que vivimos, hay que recurrir a estos textos vivos”.

“Así que pasen cinco años” es uno de los textos menos representados de Lorca y pertenece a la etapa que los eruditos han calificado como del “teatro imposible”. “La base central —dice Miguel Narros— de ‘El público’, ‘La comedia sin título’ y ‘Así que pasen cinco años’ es la misma: la crisis del autor. Aunque, comparándola con las demás, yo creo que esta obra tiene una estructura dramática más terminada. Esta obra siempre me ha interesado mucho y durante tiempo la he puesto como texto de trabajo en las clases que hago con mis alumnos. ‘Así que pasen cinco años’ te exige enfrentarte con la creatividad de una manera directa y arriesgada. En cuanto a que coincidamos en el mes de junio en la cartelera dos Lorcas, este y el que va a montar Luis Pasqual, me parece muy bien e, asisto, en Londres en este momento se deben estar dando cuatro Shakespeares”.

Cuatro actos

Lorca escribió la obra en 1933 y está claramente influenciada por su crisis vital y también por el surrealismo. Los personajes que aparecen en ella no tienen nombre, a excepción de uno llamado Juan, y son arquetipos: alter egos del poeta y sus fantasmas de pesadilla. Llevan nombres como “el joven”, “el viejo”, “el amigo primero”, “la mecanógrafa”...

El actor Carlos Hipólito, que es quien encarna al protagonista de la obra, dice que “mi personaje es un hombre joven con una terrible

Carlos Hipólito protagoniza esta puesta en escena dirigida por Miguel Narros

Veintitrés actores para un montaje que se estrena el martes

crisis que se impone un plazo de cinco años para dilatar así el momento de enfrentamiento. Su drama es la imposibilidad que tiene de enfrentarse a las cosas, a la par que la necesidad de que ese enfrentamiento se produzca y de la manera menos dolorosa posible. Está claro que este personaje es el propio Lorca y lo que se cuenta en “Así que pasen cinco años” es cómo se resuelve dramáticamente esta historia de pesadillas”.

“Así que pasen cinco años” tiene cuatro actos y dura dos horas y media. La música ha sido compuesta por Enrique Morente y la escenografía es de Andrea O’Dorio. Ambientada en los años 30, contempla desde escenarios surrealistas a una enorme habitación que parece un vagón de tren.

Con esta obra el Español clausurará la presente temporada y está estudiando inaugurar con ella la próxima en septiembre.

DIEGO MUÑOZ



Pastora Vega en un momento de los ensayos de esta obra de Federico García Lorca

Pastora Vega y Miguel Molina, dos jóvenes debutantes sobre las tablas de un escenario

Miguel Narros ha apostado en esta obra por jóvenes actores y, para algunos de ellos, este será su debut teatral. Es el caso de los populares Pastora Vega y Miguel Molina. Ambos son conocidos por sus trabajos en televisión y cine, pero nunca habían hecho teatro. Han estado tres meses de duros ensayos con Narros, y ambos coinciden en que “en el cine te lo dan marcado, pero en el teatro hay que echar las tripas”.

Pastora Vega desvela que “tengo con Miguel Narros una historia muy especial, porque es de las pocas personas que confiaron en mí cuando empecé a asomar la cabeza en este mundillo del espectáculo. Yo hacía en televisión ‘Sin embargo te quiero’ y me ofreció ‘El

mercader de Venecia’, que se iba a representar en el Español”. Aquel montaje, que luego no se llegó a hacer, estuvo rodeado por la polémica que levantó la actriz Victoria Vera, negándose a que Pastora Vega trabajara en la compañía porque no era actriz. “Yo no me sentía capacitada como actriz —considera ahora Pastora Vega—. Dos años después, Narros me volvió a llamar para otra obra, ‘El sueño de una noche de verano’, e incluso empecé los ensayos, pero entonces me quedé embarazada. Y a la tercera va la vencida”.

Pastora afirma que “ahora sí tengo claro que quiero ser actriz, pero soy consciente de que estoy empezando y lo que pretendo con esta obra es aprender y no triun-

far, porque si no sería una imbécil. Me pregunto ¿seré capaz de dar la talla?”. Su papel es el de “la mecanógrafa” que es la representación de la mujer que ama y sufre”.

También ésta es la primera vez que Miguel Molina trabaja en el teatro. “Lo único que he hecho estos tres meses de ensayos —afirma— ha sido aprender. En cine ahora no tiene nadie trabajo, pero lo que me ha decidido a lanzarme al teatro es que yo era consciente de que necesitaba hacerlo. Reconozco que soy afortunado, nada menos me ha salido trabajar con Narros y encima un Lorca”. El papel que interpreta Miguel Molina es del “el amigo primero”, “vienen a ser como el ‘alter ego’ vitalista a la vez que peligroso del autor”.

El Progreso

LUGO

Fecha:

teatro

Con una semana de retraso

El próximo viernes se estrena "Así que pasen cinco años" en el Teatro Español



Pastora Vega

Madrid/Beatriz Morato (Imagen Press)

Una de las obras más complejas del teatro lorquiano, "Así que pasen cinco años", verá la luz por primera vez en un escenario el día 28 de abril en el Teatro Español bajo la dirección de Miguel Narros. El estreno, que estaba previsto para el día 21, ha sufrido una semana de retraso debido a la difícil puesta en escena de la obra.

Después de un año de rigurosos ensayos, durante el cual los actores han tenido que documentarse a fondo sobre la obra y el teatro de Lores, Miguel Narros ha conseguido poner en escena el surrealismo de "Así que pasen cinco años" por primera vez desde que su autor, Federico García Lorca, la escribió en el año 1933.

La intención de Lores al escribir esta obra era la de crear un "teatro de arte", y comenzó a ensayarla con actores novatos durante la primavera del 36 llevando el la dirección de la misma. Lamentablemente, Federico García Lorca no pudo ver estrenada una de sus mejores obras teatrales. El estreno, que estaba previsto para el otoño de ese mismo año, no se llegó a realizar porque Lorca había muerto.

Miguel Narros, que ha contado con la colaboración especial de William Layton como asesor de dirección, había intentado representar hace diez años en el desaparecido Teatro Eslava "Así que pasen cinco años", pero fracasó. "Durante este tiempo lo sentía correr dentro de mí como una hormiga sola dentro de una caja cerrada".

El tema principal de esta obra teatral es el paso del tiempo, que está reflejado en una persona angustiada por no poder controlarlo. Su angustia está contada a través de una serie de personajes que son esa misma persona, parte de ella.

Participan 23 actores en la obra, interpretando curiosos personajes que a veces parece imposible relacionarlos entre sí, jugadores de rugby, payasos, máscaras, novias, gatos... todos ellos envueltos en un mundo de ensueño surrealista.

Los actores principales son: Carlos Hipólito, protagonista; Pastora Vega, mecanógrafa y amante del anterior; Miguel Molina, Cristina Marcos y Angel de Andrés.

Tanto para Pastora Vega como para Miguel Molina, éste es su primer debut teatral, que les hará dar un paso decisivo en su carrera.



Miguel Narros y Carlos Hipólito junto al teatrillo del escenario.

JUAN ECHEVERRÍA/D-16

La obra de Federico García Lorca se reestrena esta noche en el Teatro Español

«Llevar a escena "Así que pasen cinco años" es hacer posible lo imposible», asegura Narros

El Teatro Español presenta esta noche la obra de Federico García Lorca «Así que pasen cinco años», una sucesión de imágenes, pensamientos y personajes simbó-

licos que desarrollan la crisis de un joven creador asustado ante el futuro inmediato, y que lucha «contra la deformación de su idea de pureza de las cosas». El direc-

tor, Miguel Narros, retoma el texto de Lorca después de diez años, en que lo llevó a escena, a pesar de calificar la obra como «teatro de lo imposible».

Begoña Piña/D-16

MADRID.—«Yo quiero ser un niño, yo no quiero que me entierren», grita el Niño de *Así que pasen cinco años*, de Federico García Lorca, una obra rebuscante de símbolos de las vanguardias, donde el amor, la muerte, la vida, el miedo, el tiempo... se suceden en un cúmulo de imágenes, frases y personajes que volverán a representarse hoy en el Teatro Español.

Tras diez años de espera, Miguel Narros ha recogido el texto de Lorca para presentarlo de nuevo en teatro, a pesar de catalogar la obra como «teatro de lo imposible, es hacer posible lo imposible», asegura.

Un título escalofriante

Con un título «escalofriante», apunta el director, puesto que el texto data de 1931 y los cinco años de Lorca hubieran hecho alcanzar la fatídica fecha de 1936, el poeta relata, describe o transmite las imágenes y pensamientos que recorrerían la mente de

una persona en el tiempo en que suenan seis campanadas de un reloj. Después de eso, la muerte.

«La problemática de la obra es muy actual, narra la crisis de un creador que lucha contra la deformación de su propia idea de pureza de las cosas», afirma el director.

Este miedo al futuro inmediato, a convertirse en un autor de moda, se desarrolla en torno a dos núcleos, el Joven y la Mujer.

«Así que pasen cinco años emplea a éstos y a otros personajes para jugar con el tiempo. Al comienzo de la obra se escuchan las seis campanadas, que se repiten durante la representación y al final, concluyendo con su propio eco». Eco que es lo único que queda tras la muerte y tras el tiempo.

La versión que Miguel Narros pondrá en escena el martes es diferente de la que concluyó hace diez años. En la primera, la referencia del sueño surrealista primaba sobre otros planteamientos. «Miguel Narros ha ido esta vez muy directamente al grano, el pro-

blema está planteado de forma muy cruda», dice Carlos Hipólito, actor que encarna al personaje principal de la obra.

Los gritos desesperados de los personajes ante las situaciones de la vida son continuos en el texto, en *Así que pasen cinco años* aparece el hombre que no quiere crecer, «que tiene miedo a las responsabilidades, de ahí el grito del niño: "Yo quiero ser un niño, no quiero que me entierren"».

Terror al futuro

Ese terror al futuro se materializa en la muerte, que aparece en la obra rodeada de cierto atractivo, «pero con preocupación hacia lo desconocido, porque ese es el momento de la verdad».

Una verdad que se relata en sueños, «el escenario es la imagen del sueño de un hombre, es como si la obra estuviese ocurriendo en la mente del joven».

Este hombre, el Joven, eje central de la obra, materializa todos sus fantasmas y su desesperación. «Se enfrenta dentro de un clima

obsesivo y terrible, en un espacio de tiempo muy corto. Quiere vivir, pero no sabe cómo, se encuentra refugiado en un mundo cómodo, pero sabe que eso no es vivir», así describe a su personaje Carlos Hipólito.

A partir del Joven van surgiendo el resto de personajes. «Para materializar su amor ha inventado una mujer. Para concretar su posibilidad de futuro habla con el Viejo. También está el Criado, el único que tiene nombre en la obra».

El Joven le dice al Criado Juan, en una frase simbólica: «Hay que vivir, pero estoy solo, incluso del tiempo no queda más que el eco».

La suerte que encontró Federico García Lorca para resolver la crisis de este creador ficticio fue la muerte, tras la cual sólo se escuchaba el eco de esas campanadas de reloj.

«Así que pasen cinco años es, además, una obra que te araña personalmente, porque vivimos enure sistemas muy deformados contra los que no se puede luchar solo», afirman a dúo Miguel Narros y Carlos Hipólito.

ABC 25-4-89

Narros: «Los personajes de Lorca siempre están esperando una revisión escénica»

Hoy se presenta para el público su «Así que pasen cinco años»

Madrid. Carlos Galindo

Así que pasen cinco años es, para Miguel Narros, una obra complicada, minuciosa, donde la luz, el sonido, la adaptación, todo, debe de ir atado y bien atado. «Es una obra que no se puede hacer así porque sí. Por eso hemos tenido que aplazar su presentación. Ha habido que consolidar todo, ya que no es una obra al uso; hay que jugar con el sueño y con el tiempo», comenta Narros antes de comenzar los últimos ensayos.

«Siempre faltan cosas. El tiempo en la obra va muy deprisa y no tenemos tiempo material para hacerlo ver», dice el director del teatro Español, que ya acometió este montaje hace diez años, en el teatro Eslava, cuando formaba parte del Teatro Estable Castellano (TEC), montaje que pasó casi desapercibido para el gran público. «En esta ocasión —dice Narros—, el punto de partida es el mismo. Ha variado la iniciativa, por el paso de los años. Los años son plazos de muerte, y en diez años han pasado muchas cosas. Lo hubiera querido montar antes, pero la programación no lo permitía. Ahora, al saltar la Trilogía tebana, nos decidimos por Así que pasen cinco años.»

—¿Considera que el teatro de Lorca es actual, está vigente?

—Los textos de Lorca deben estar en los teatros, como Shakespeare en Inglaterra; Molière en Francia; Pirandello en Italia, Schiller en Alemania o Chejov en la Unión Soviética; Lorca debe formar parte de la cultura española. Lorca habla en esta obra de un problema muy vigente ahora: la adaptación del hombre a su obra, que tiene miedo a asumir responsabilidades. Pienso que entronca, y bien, con la juventud actual, que tiene esos mismos problemas.

Usted puso en marcha esta obra hace diez años. ¿La entenderá la juventud actual?

El teatro se hace para un espectador del presente y del futuro, ya que las generaciones se suceden cada diez años, y se hacen para el espectador del futuro y del de siempre. Habrá público que la verá por primera vez, pero también habrá otros que la vieron anteriormente y volverán a presenciarla.

¿Pensaba García Lorca lo que iba a suceder cuando escribió este texto?

Es una premonición; una terrible premonición, ya que la escribió en 1931. Es tremendo, escalofriante pensarlo. Por eso es una obra complicada y minuciosa.

¿Ha desempeñado un papel importante en este retraso el contar con actores nuevos?

—Siempre hay complicaciones en este aspecto: la personalidad del actor es su mayor enemigo: hay que cambiarle esa personalidad para que se introduzca en el personaje, pero esto no ha sido causa del retraso.

En el reparto, por orden de intervención, figuran Carlos Hipólito (el joven), Helio Pedregal (el viejo), Pastora Vega (mecanógrafa),

Miguel Molina (amigo primero), Ismael Martín (niño), Fernando Sansegundo (criado), Gabriel Garbisu (amigo segundo), Cristina Marcos (novia), Rafael Rojas (jugador de rugby), Ana Labordeta (criada de la novia), Begoña Valle (el maniquí), Licas (arlequín), Paz Marquina (la muchacha), Ginés García Millán (el payaso), Manuela Vargas (la máscara), y la colaboración de Angel de Andrés, en el padre de la novia, entre otros.

«Después que han pasado diez años —comenta Narros—, necesitaba volcar sobre el escenario el interior de mi cabeza, volver a dar vida a todas las imágenes: el tiempo, el sueño... y vestir a los personajes minuciosa y dolorosamente para presentarlos ante un nuevo tribunal que los juzgue y los condene. Porque los personajes de Así que pasen cinco años están vivos, esperando que se haga de ellos una nueva lectura escénica.»

AGENCIA INTERNACIONAL CAMARASA

Recorte de:

EL DIA

PALMA DE MALLOCA

Fecha:

La obra de Federico García Lorca se reestrena esta noche en el Teatro Español

«Llevar a escena 'Así que pasen cinco años' es hacer posible lo imposible», asegura Narros

El Teatro Español presenta esta noche la obra de Federico García Lorca «Así que pasen cinco años», una sucesión de imágenes, pensamientos y personajes simbó-

licos que desarrollan la crisis de un joven creador asustado ante el futuro inmediato, y que lucha «contra la deformación de su idea de pureza de las cosas». El direc-

tor, Miguel Narros, retoma el texto de Lorca después de diez años, en que lo llevó a escena, a pesar de calificar la obra como «teatro de lo imposible».

Begona Piña/D-16

MADRID.— Yo quiero ser un niño, yo no quiero que me entierren», grita el Niño de *Así que pasen cinco años*, de Federico García Lorca, una obra rebuscante de símbolos de las vanguardias, donde el amor, la muerte, la vida, el miedo, el tiempo... se suceden en un cúmulo de imágenes, frases y personajes que volverán a representarse hoy en el Teatro Español.

Tras diez años de espera, Miguel Narros ha recogido el texto de Lorca para presentarlo de nuevo en teatro, a pesar de catalogar la obra como «teatro de lo imposible, es hacer posible lo imposible», asegura.

Un título escalofriante

Con un título «escalofriante», apunta el director, puesto que el texto data de 1931 y los cinco años de Lorca hubieran hecho alcanzar la fatídica fecha de 1936, el poeta relata, describe o transmite las imágenes y pensamientos que recorrerían la mente de una persona en el tiempo en que suenan seis campanadas de un reloj. Después de eso, la muerte.

La problemática de la obra es muy actual, narra la crisis de un creador que lucha contra la deformación de su propia idea de pureza de las cosas», afirma el director.

Este miedo al futuro inmediato, a convertirse en un autor de moda, se desarrolla en torno a dos núcleos, el *Joven* y la *Mujer*.

Así que pasen cinco años emplea a éstos y a otros personajes para jugar con el tiempo. «Al comienzo de la obra se escuchan las seis campanadas, que se repiten durante la representación y al final, concluyéndose con sus propios ecos». Eso que es lo único que queda tras la muerte y tras el tiempo.

La versión que Miguel Narros pondrá en escena el martes es diferente de la que concluyó hace diez años. En la primera, la referencia del sue-



Miguel Narros y Carlos Hipólito junto al teatrillo del escenario.

ño surrealista primaba sobre otros planteamientos. «Miguel Narros ha ido esta vez muy directamente al grano, el problema está planteado de forma muy cruda», dice Carlos Hipólito, actor que encarna al personaje principal de la obra.

Los gritos desesperados de los personajes ante las situaciones de la vida son continuos en el texto, en *Así que pasen cinco años* aparece el hombre que no quiere crecer, «que tiene miedo a las responsabilidades, de ahí el grito del niño. Yo quiero ser un niño, yo quiero que me entierren».

Terror al futuro

Ese terror al futuro se materializa en la muerte, que aparece en la obra rodeada de cierto

atractivo, «pero con preocupación hacia lo desconocido, porque ese es el momento de la verdad».

Una verdad que se relata en sueños, «el escenario es la imagen del sueño de un hombre, es como si la obra estuviese ocurriendo en la mente del joven».

Este hombre, el *Joven*, eje central de la obra, materializa todos sus fantasmas y su desesperación. «Se enfrenta dentro de un clima obsesivo y terrible, en un espacio de tiempo muy corto. Quiere vivir, pero no sabe cómo, se encuentra refugiado en un mundo cómodo, pero sabe que eso no es vivir», así describe a su personaje Carlos Hipólito.

A partir del *Joven* van surgiendo el resto de personajes.

«Para materializar su amor ha inventado una mujer. Para concretar su posibilidad de futuro habla con el Viejo. También está el Criado, el único que tiene nombre en la obra».

El *Joven* le dice al *Criado* Juan, en una frase simbólica: «Hay que vivir, pero estoy solo, incluso del tiempo no queda más que el eco».

La suerte que encontró Federico García Lorca para resolver la crisis de este creador ficticio fue la muerte, tras la cual sólo se escucha el eco de esas campanadas de reloj.

Así que pasen cinco años es, además, una obra «que te araña personalmente, porque vivimos entre sistemas muy deformados contra los que no se puede luchar solo», afirman a dúo Miguel Narros y Carlos Hipólito.

EL PAÍS 28-4-89

EN CARTEL



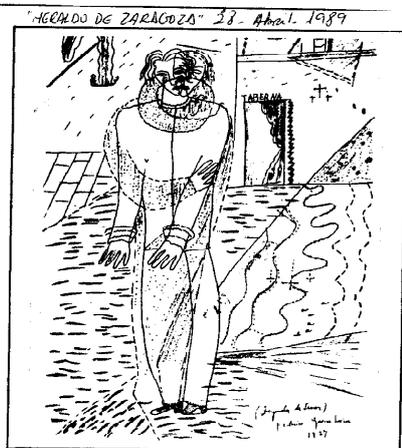
Miguel Narros vuelve a presentar *Así que pasen cinco años*, el enigmático texto de Federico García Lorca que el autor sólo pudo llegar a ver en los ensayos, en el Teatro Español. El director aborda la obra por segunda vez, tras una década de reflexión, con un montaje que propone nuevas lecturas de un discurso móvil y siempre sugestivo. En aquel momento, Narros interpretó la obra en base a los sueños, en este segundo montaje concede especial importancia al tiempo como elemento a partir del cual se construye la historia. Entre los principales actores del reparto figuran Pastora Vega, Miguel Molina, Manuela Vargas, Carlos Hipólito y Angel de Andrés. Cristina Marcos (en la foto), es la Novia.



Al Stewart reaparece (arriba) tras un largo periodo de silencio y Marilyn Horne (abajo) actúa por primera vez en el Liceo de Barcelona con *Tercerredí*.



Así que pasen muchos años



MÁDRID

Lorca, poesía y símbolo

Ricardo Vázquez-Prada

Hoy, viernes, a las diez de la noche, la compañía del Teatro Español que dirige Miguel Narros estrenará oficialmente en Madrid su montaje de la obra de García Lorca «Así que pasen cinco años». El pasado martes se hizo la presentación no oficial del espectáculo, sesión a la que tuve ocasión de asistir. Se llenó el teatro y al término de la obra se dedicó una prolongada y calurosa ovación a los integrantes de la compañía.

«Así que pasen cinco años» es la pieza de García Lorca más difícil y hermética. Obra desconcertante, escrita en clave de símbolos, anunciadora de un teatro que vendría años después. Gira en torno a un personaje central, denominado simplemente «El joven», que encarna un excelente actor de las nuevas generaciones, Carlos Hipólito. Podría entenderse que lo que se muestra en el escenario responde a lo que «El joven» imagina. El espacio escénico es traslación del atormentado cerebro de este febril y enigmático personaje, que busca el amor pero lo niega en su realidad, sometido a la tensión interna y desesperada de quien no encuentra en este mundo más que razones para la melancolía y la tristeza.

La puesta en escena de Miguel Narros logra transmitir ese clima poético y también misterioso y cerrado que da cuerpo a la pieza. Lorca denominó su drama «leyenda del tiempo» y en él se muestra de qué forma su paso lo altera todo e impone la simrazón en las relaciones humanas.

García Lorca tenía en proyecto estrenar esta obra en el verano de 1936, pero la tragedia de la guerra civil acabó con sus proyectos y con su vida. El poeta había trabajado con los miembros del grupo Anfístora, que dirigía Pura Ucelay, y poco a poco cobraban vida estos ambiguos y dolientes personajes. El recuerdo de sus indicaciones para el montaje se ha mantenido vivo en la versión de Miguel Narros, aunque se dote ahora de la visión personal de éste.

No hay que esperar en «Así que pasen cinco años» el discurso lógico que caracteriza al teatro realista. Lorca se aleja aquí de modo radical de su producción más conocida. No hay limitaciones temporales, ni desarrollo convencional de las situaciones. A veces los personajes vuelven atrás, dudan, se convierten en otros. El simbolismo se extrema. Pero si lo que ocurre, lo que vemos en la escena, es, en realidad, el interior de un imaginativo y enfebrecido cerebro humano comenzamos a entender la tragedia... por lo menos en la exi-

gua medida en que un cerebro humano pueda comprenderse.

Para tan difícil y arriesgado ejercicio teatral hace falta contar con auténticos actores. Porque a menudo ronda la escena la amenaza de un difuso ridículo y si se desata la risa cortando como un afilado cuchillo la densidad dramática, todo podría venirse abajo, como un inestable castillo de naipes.

Miguel Narros ha encontrado los actores idóneos. En primer término en Carlos Hipólito, uno de los jóvenes profesionales más firmados de nuestra escena, que ha sido también reciente protagonista de otros montajes de Narros sobre obras de O'Neill y Shakespeare. Carlos Hipólito consigue poner en pie, dar vida a un personaje contradictorio, etéreo, a medio camino entre el mundo de la realidad y el de los sueños, y lo hace con una honda sensibilidad. Junto a él hay que citar a Pastora Vega, Miguel Molina, Cristina Marcos, Ana Labordeta (en el papel de la criada de la novia), el niño Ismael Martín, Perpe Lorna, Begoña Valle, Fernando Saussegundo y Angel de Andrés, entre otros buenos profesionales.

Añadiremos que la escenografía es de Andrea D'Odorico y que como asesor de dirección figura el prestigioso William Layton.

Ya lo saben. Si viajan a Madrid estos días tienen una cita con el buen teatro en el Español, de la mano de Lorca y Narros.

El dos de mayo

Este fin de semana va a ser en la capital de España prodigo en acontecimientos, porque desde el 27 de abril al dos de mayo se celebra la fiesta de la Comunidad madrileña. Es imposible recoger aquí la larga lista de espectáculos que se ha confeccionado. Basten con señalar que hoy, viernes, además de fiestas populares o infantiles, actuarán Mory Kaute (ritmos africanos), el grupo Modestia Aparte, Paco Clavel, el grupo cubano Tiempo Nuevo y el conjunto de pop rock madrileño 'Los quevos dueros', sin olvidar, en música clásica, el concierto de vihuela de Hopkinson Smith. El sábado habrá audiciones para todos los gustos, desde el pop más rabioso, al rock más exaltado, sin dejar atrás el clásico sonido de Mozart interpretado por la orquesta de cámara Reina Sofía. «Los secretos», «La dama se esconde» y Manolo Tena actuarán en el pabellón de deportes del Real Madrid; «Sunday all over the world» (música progresiva) lo hará en la sala Universal y «Tiempo Nuevo» en el café del Foro. Y el domingo, otra larga lista de conjuntos de todo tipo.

TEATRO / DANZA

Narros re-crea

Estreno de 'Así que pasen cinco años', de García Lorca, en el teatro Español

ROSANA TORRES
"No puedo evitar volver a este teatro imposible que plantea Lorca en *Así que pasen cinco años*", comenta Miguel Narros en un pequeño descanso que se permite dentro de las apretadas jornadas de trabajo que vive, encerrado en el teatro Español, en los días previos al estreno de esta noche. Narros ha escogido un texto al que ya se enfrentará hace 10 años con el Teatro Estable Castellano (TEC) en el Estava.

La dirección la aborda desde otros presupuestos, aunque ha mantenido la escena en la que aparece la novia: "Fue un hallazgo y sería un poco estúpido prescindir de él". En aquel momento, Narros se recreó en el aspecto que venía marcado por los sueños que están implícitos en un texto de oscuro significado; en esta ocasión aborda la puesta en escena desde otro ángulo, y su reflexión como responsable del montaje se ha centrado en un análisis de la temporalidad, concediendo un especial protagonismo al tiempo como elemento a partir del cual construir una historia.

En principio, Narros no tenía previsto montar esta obra, sino una trilogía sobre mitos griegos, pero le fue imposible llevar su proyecto a cabo debido a que las dificultades que implicaba esa puesta en escena le obligaban a tener el teatro cerrado, y él no podía permitirlo, ya que su teatro pertenece al Ayuntamiento, y también al hecho de que se vería obligado a poner muy poco tiempo en cartel el montaje, que por otra parte era costoso y con un gran reparto.

Una vez puesto en la tesitura

de tener que elegir para estas fechas un espectáculo, Narros se dejó subyugar una vez más por *Así que pasen cinco años* —texto dirigido por su propio autor en la primavera de 1936 y cuya muerte le impidió estrenar en otoño—, por el que siempre ha sentido una especial debilidad. Cuando se le pregunta si no ha pensado en la posible saturación de Lorca en los escenarios españoles en los últimos años, comenta: "Creo que en un teatro no se puede tener miedo; también pienso que es necesario hacer teatro español, Lorca es uno de nuestros grandes, y a nadie se le ocurriría pensar que como en Londres se atreven a montar varios Shakespeares todas las temporadas".

Con respecto a las diferencias que ha encontrado entre su trabajo de hace 10 años y el de ahora, Narros señala que la continua evolución a la que tiene que estar sometido un director de teatro es la que impide que ahora pudiera volver a hacer la misma puesta en escena. En cuanto a los actores, si se le pregunta que diferencias encuentra entre aquellos profesionales y éstos señala: "En el terreno del escenario son iguales que entonces y posiblemente que dentro de 20 años, el actor siempre atraviesa una fase en la que está perdido, e incluso los actores formados en el método, que trabajan por la vía de la lógica, han tenido que romper con esa lógica para entrar en este texto".

No obstante, en otros aspectos Narros parece comentar con nostalgia cómo hace 10 años todos formaban un equipo en el TEC y eso ha desaparecido: "Luchábamos juntos y, por lo mismo, existían objetivos que pasaban por el teatro, pero que llegaban más allá, había otro entusiasmo", y añade: "Ahora son actores contratados, su objetivo es hacerlo lo mejor posible, lo cual es loable, pero éste no es un proyecto de vida".



Una escena de la obra *Así que pasen cinco años*, de García Lorca.

entre ellos jóvenes y desconocidos profesionales escogidos en audiciones realizadas por Narros, figuran Carlos Hipólito, Helio Pedregal, Pastora Vega, Miguel Molina, Manuela Vargas, Pepe

Loma, Ismael Martín, Fernando Sansegundo, Gabriel Garbisu, Ana Labordeta, Begoña Valle, y la colaboración especial de Ángel de Andrés. Como responsable de la escenografía está Andrea d'Odorico, también director técnico del teatro Español. La música ha sido realizada por Enrique Morente, y la coreografía, por Arnold Taraborrelli.

Así que pasen cinco años. Teatro Español. A partir del 28 de abril.

La poética del riesgo

FRANCESC BURGUET ARDIACA

Una de las propuestas recomendables a ojos cerrados en la programación del Festival de Sitges que continúa esta semana es, sin lugar a dudas, *In concert* (28, 29 y 30 de abril), una producción del Teatre Sèmoia que ya obtuvo un gran éxito en la pasada edición de la Fira de Tàrraga. *In concert* es un espectáculo sorprendente, de una rara y sugestiva belleza, en el que Teatre Sèmoia ensaya con gran fortuna unir la poética del riesgo circense, el humor de las mejores payasadas, con algunas de las páginas magistrales de la música clásica. Un sabroso cóctel en el que no faltan unas gotas de tremenda comoción, tan explosivas como imprevistas.

Encreujada (29 y 30 de abril), la creación especial del colectivo vasco Bekereke, es un conjunto de acciones teatrales que "arrancan de situaciones reales o posibles, pero llevadas al extremo, planteadas a partir del mundo de la noche y de la calle, basadas en aquella genia que lleva una vida llamada normal, pero que está enmarcada por sus obsesiones personales".

En la calle

Alla Luna (30 de abril), del Teatro Tascable de Bérgamo, quiere marcar el feliz recuento de Sitges con la tradición de los espectáculos de calle. *Marea de lo nuevo y lo viejo* (1 de mayo), "una parábola de la desertización física y moral de nuestro mundo, un grito de horror ante la sequedad de nuestro desamor y nuestra desidia", es un texto creado e interpretado por la joven actriz Marina Orza, que cuenta con la colaboración de Juanjo Puigcorbé (dirección), Agustí Fernández (música) y Cesc Gelabert (movimiento). Habrá también un Shakespeare, *Troilus et Cressida* (30 de abril y 1 de mayo), del grupo francés Emballage Théâtre. Y finalmente, *Transhumà* (30 de abril), la historia de "un hombre solitario que arrastra, incansable, su propio mundo de objetos", una acción del siempre imprevisible creador Jordi Rocosa.

De las propuestas complementarias, no se pierdan el humor siempre desbordante del estupendo cómico, cantante, mimo y acróbata Johnny Melville (28 de abril). O el singular concierto del Bow-Gamelan Ensemble (1 de mayo), que cerrará esta edición de Sitges Teatre Internacional con "una serie de episodios musicales interpretados con instrumentos hechos de residuos industriales y restos de aparatos urbanos abandonados".

Y, además, cuatro espectáculos de danza: *Can baby Jane can can?* (27 y 28 de abril), de la británica Yolande Smith. *Une nuit de cious d'or dans l'étain* (28 y 29 de abril), del dúo francés Hervé Diasnas y Cécile Borne; *Ocho* (28 y 29 de abril), una creación de María Antònia Oliver; y *The women with the blue hair* (30 de abril y 1 de mayo), de la coreógrafa francesa de origen senegalesa Isnel da Silveira.

Noche de estrellas

J.M.
El Ayuntamiento de La Coruña va a reunir un excepcional plantel de primeras figuras de la Ópera de París y del Ballet de Montecarlo con motivo del cuarto centenario de María Pita. En esta clásica gala que se celebrará los días 4 y 5 de mayo en el teatro Colón, podrán verse los pas de deux de lucimiento de grandes ballets, tanto clásicos como de coreógrafos contemporáneos. Entre los bailarines pertenecientes al palacio Garnier está el veterano y mítico Michel Denard, brillante bailarín para el que Béjart concibió en 1970 *El pájaro de fuego* y cuya elegancia, viveza y expresividad le hicieron ídolo del público parisiense de los últimos 20 años.

De la última generación de estrellas, asisten dos de las más aplaudidas y cuya ascensión ha sido vertiginosa: Elisabet Platel, premiada en Barna en 1978 y bailarina estrella de 1981 y Charles Jude, bailarín de origen vietnamita que comenzó a bailar en 1971 en la Ópera Cómica, en 1974 ya baila el *Tristán de Nureiev* y en 1975 gana el bronce de Tokio. También intervendrán en la gala Isabelle Guerin y Kader Belarbi, y las estrellas mongecas Eveline Desutter y Frederic Olivieri.

Estrellas de la Ópera de París y del Ballet de Montecarlo. La Coruña, teatro Colón, 4 y 5 de mayo.



La casa de las plumas verdes, coreografía de Duroure.

El reino encantado

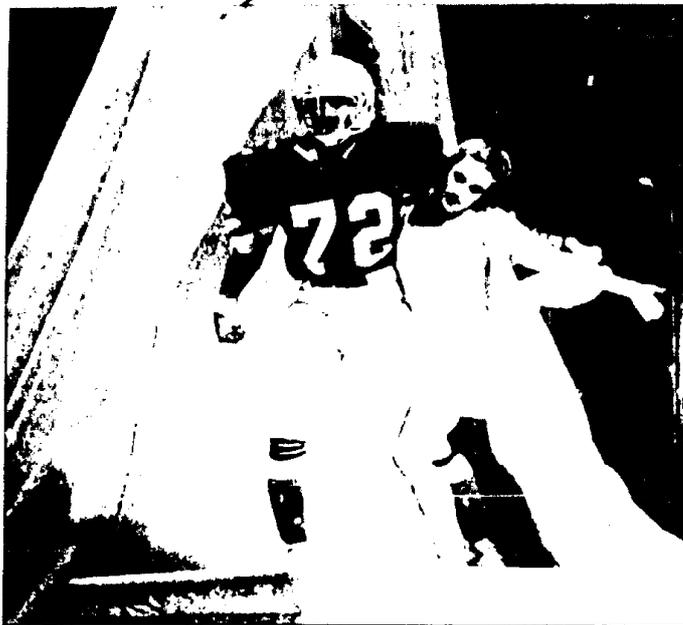
JULIA MARTÍN
Jean-François Duroure, de 25 años, bailarín de Pina Bausch, gimnasta de competición hasta los 16 y compañero de éxitos de Mathilde Monnier hasta hace año, es uno de los jóvenes valores que la nueva danza francesa ha conseguido, asociado a los centros de producción y festivales volados en favorecer la creación contemporánea. Su faceta coreográfica comenzó en 1984 cuando accedió a la compañía de Pina Bausch, y después de

trabajar dos años en el CNDC de Angers con Viola Farber. Un año después formó la asociación De Hexe con Monnier, y juntos crearon y llevaron al éxito títulos como *Acido pídico*, *Estasis* y *Muerto de risa*, con los que recorrieron Europa, Estados Unidos, Canadá y Asia.

La casa de las plumas verdes, que se verá durante el mes de mayo en varias ciudades españolas, es el segundo trabajo que Jean-François Duroure realiza con su nueva compañía, creada

en 1988. Con esta obra Duroure afirma "volver a la danza", alejándose del marco teatral. "Este espectáculo se mueve en la ambigüedad de dos espacios", explica el coreógrafo, "entre el frío medieval y la exuberancia de lo oriental, y los personajes viajan del uno al otro".

Compañía Jean-François Duroure. La casa de las plumas verdes. Días 2 y 3 de mayo, teatro Pérez Galdós de las Palmas; días 5 y 6, teatro Leal de Tenerife.



Rafael Roies y Cristina Marcos en *Así que pasan cinco años*.

MARINA FLOREZ

Insecticidío

La mosca, II

Dirección: Chris Wallis. Con: Mick Gatto, Jim Wheat, Ken Wheat y Frank Darabont. Escenografía: Robert Volgren. Música: Christopher Young. Estados Unidos, 1989. Intérpretes: Eric, Stofu, Dafne Zúñiga, Lee Richardson, Harley Cross, John Gutz. Estreno en Madrid: cineas Luchana, Duplex, Rex y Lado.

ANGEL FERNANDEZ SANTOS. Como era previsible, esta (aunque lleve un II en el título) tercera edición de *La mosca* no está a la altura de sus precedentes: aquella pequeña maravilla de los años cincuenta, dirigida por Kurt Neuman, y la reciente recreación del modelo por el canadiense David Cronenberg. Si aquellas eran un raptó de inspiración, la primera y otro de devoción, la segunda, esta tercera *mosca* no es más que un cálculo de producción destinado a exprimir lo ya experimentado: un rutinario insecticidío.

La película está bien hecha (cual no, si proviene de una cinematografía inmejorablemente equipada técnicamente) y a los adictos a los juegos de repetición de emociones repetidas puede resultarles gratificante en algunos aspectos. Pero en cuanto cine no es nada o sólo un banal despliegue de buenas trucas de efectos especiales y un guión bien ordenado y graduado, con habilidad más que con talento, que poco a poco va meriendo, al que se deje meter, en un embrollo de intriga parásita, ya visto, ya sabido y ya experimentado en pantallas mejor aprovechadas.

Sublime para el consumo ritual de truculencias y de imágenes perturbadoras, sin fuerza metafórica alguna, hecho sin dolor y contemplado sin alegría, esta tercera *mosca* es una derivación innecesaria de dos filmes que, cada uno a su manera y vistos desde hoy, parecen necesarios.

Demasiado

Así que pasan cinco años

De Federico García Lorca. Intérpretes: Carlos Hipótesis, Habel Pedregal, Pastora Vega, Miguel Molina, Perpe Lorna, Ismael Martín, Fernando Sánchez, Gabriel Garbais, Cristina Marcos, Rafael Rojas, Ana Labordeta, Begoña Valle, Lucas, Paz Marquina, Orlas García Millán, Macarena Vial, Mónica Montes, Isador Barokova, José Luis Berra, José Antonio Mayenco, Ángel de Andrés. Escenografía: Andrea d'Odorico. Figuras: Miguel Narros, Helena Sanchis y Sonia Grande. Iluminación: José Miguel López Sáez. Música: Enrique Miralles. Movimiento: Arnold Taraborelli. Dirección: Miguel Narros. Teatro Español, 28 de abril.

EDUARDO HARO TEGGLEN

Así que pasan cinco años es la obra más libre de Federico García Lorca. En la época en que la escribió había una aspiración muy profunda y muy justificada hacia el teatro libre: si un tema de todo este siglo. Frecuentemente fracasado porque, finalmente, lo escrito hay que meterlo en un estuche y dentro de unas limitaciones muy establecidas. La preceptiva dramática aparece como odiosa; se trata de saltar por encima de ella, o de destruirla. La calificación de obra crítica —que la une a *El público*— suele venir de la incompreensión que ofrece desde el punto de vista de la dramática; esto es, de la necesidad de clasificar las especies.

Es una obra de ensayo, lo cual quiere decir que aparecen en ella temas, personajes, situaciones, rimas; no se combinan, se mezclan. Un aire de la época —los veinte, el principio de los treinta—, una preocupación también muy situada por el tiempo y sus relatividades, una nostalgia de lo que puede ser el futuro, que es también el presente y el pasado... No pretendo, claro, ningún análisis de esta obra sobre la que se han escrito varios centenares,

y que termina siempre desconcertando a los que necesitan de armazón lógico para el teatro. Simplemente recuerdo esta libertad y esa falta de construcción para explicar la creación de Miguel Narros. Hace lo que quiere, lo que entiende, y tiene tanto derecho como uno más de los que han estudiado esta obra. Ya la representó hace 10 años en el Estiwa; ahora tiene más medios, más riqueza, para construir el estuche. No se sabe si García Lorca lo habría aprobado: él sí tenía ideas muy concretas sobre la representación posible, y sus objeciones, sus reparos a detalles o a interpretaciones impidieron que se estrenase. Cualquier especulación sobre la fidelidad al texto o a sus símbolos —que saltan a cada frase— es, naturalmente, inútil.

El sendero de la belleza

Narros ha escogido también la libertad, la mezcla, la abundancia; ilustra los símbolos, va por el sendero, que conoce muy bien, de la belleza: un estuche brillante —a veces, demasiado—, colorista, explosivo, sonoro —a veces, también, demasiado, todo es demasiado—, incrusta el andalucismo, se regocija en el circo, hay cuadros que parecen desfiles de modelos —los figurines son de un equipo donde está él mismo, con Helena Sanchis y Sonia Grandes—, gitana, se hace romántico, hiere al público o viste a los actores con las luces —iluminación de José Miguel López Sáez, quien salió a saludar por su mérito—, coreografía, compone cuadros, llena o vacía el espacio escénico —de Andrea d'Odorico—; no se detiene nunca. Yo encuentro demasiada actividad, demasiada abundancia; vuelvo a repetir que demasiado de todo: hasta que se llega a perder el paladar por exceso, y el escenario

abruma y desborda la capacidad de recepción. La realización de todo ello es perfecta; la de un producto acabado. Si se exceptúa a los actores, si es que se piensa en el texto. Elegidos para ser vestidos, para ilustrar y colorear, no lo están tanto en función de la palabra. Manuela Vargas es decorativa por sí, y se la ve esforzada a serlo más, pero no se replica. Ni Pastora Vega, ni Miguel Molina. Son seres de otros medios; no tienen por lo menos el curtido de los actores más profesionales, que siempre se las arreglan para sacar oficio en cualquier postura y situación —Carlos Hipótesis, Helio Pedregal—. Algunos actores conectan de manera especial con el público, como el niño Ismael Martín, y el *Gato* —gata— Perpe Lorna. No se sabe por qué, pero su escena y sus apariciones en los saludos fueron especialmente recibidas.

Con el nombre de Lorca al frente, con su enigma, con la única unidad que él dejó —su verbo, su sensibilidad, sus temas de otras obras y otros versos—, es en realidad un teatro de dirección, de escenografía, de figurines, de tramoya y luces. Un género. Este género tiene servidumbres y grandezas, produce a veces un gran rechazo —hoy hay mayor tendencia al teatro de texto que al de espectáculo— y a veces una adhesión por encima de todo. Narros, especialmente, produce esa adhesión con su obra —quiero decir con el conjunto de su obra, que es tan largo como importante en la sociología del teatro español contemporáneo— y siempre sus finales producen estallido de público, alumnos y admiradores: no le han fallado en esta ocasión, y a ellos se unió el público en general. Es lógico: es más Narros que nunca. Quizá, también, demasiado.

HOY DOMINGO

Todos nuestros Centros de Madrid estarán

ABIERTOS de 12 a 8

GALERIAS

Crítica de teatro

Narros, mirando «Así que pasen cinco años», diez años después en El Español

TÍTULO: *Así que pasen cinco años*. Autor: Federico García Lorca. Dirección: Miguel Narros. Escenografía: Andrea D'Odorico. Figurines: Narros, Sanchis, Grande. Música: Morente. Movimiento: Taraborrelli, Asesor: W. Layton. REPARTO: Carlos Hipólito, Melio Pedregal, Pastora Vega, Miguel Molina, Perpe Loma, Ismael Martín, G. Garbisu, Cristina Marcos, R. Rojas, Ana Labordeta, Begoña Valle, Lucas, Paz Marquina, G. García Millán, Manuela Vargas, Angel Andrés, etc. Teatro Español.

Han pasado dos periodos de cinco años, o sea diez años, desde que Miguel Narros, con el Teatro Estable Castellano, estrenó en Eslava (19-IX-1978) *Así que pasen cinco años*. El texto de la obra, las circunstancias de su no estreno en 1936, las que ahora acompañan al replanteo del Teatro Español, están llenas de cifras mágicas.

Carlos Hipólito, en este decenio, ha pasado de ser el Arlequin a ser el Joven, Melio Pedregal, del Payaso al Viejo. El resto del reparto inicial ha desaparecido. Por mucho que se pretenda la inmovilidad del Tiempo, el sentimiento de que el tiempo es un sueño, cosa que ya nos viene dicha desde Calderón a Lenormand y muchos más, el Tiempo, Cronos para los griegos, ha devorado a unos, ha alejado del escenario de esta obra a otros. A Esperanza Roy, que fue la Mecanógrafa, a María Luisa San José, entonces la Novia, a Claudia Gravi, en aquella función la Máscara.

Estas enumeraciones recordatorias cumplen una misión comparativa, de la que a juicio del crítico sale un resultado: Narros estuvo más fino, más poético, en 1978. Esta más teatral, más rico, ahora. También menos fiel. Atento a su capacidad imaginativa, Narros, brillante, sensible creador, ha desconocido, me parece, las últimas puntualizaciones hechas en alguna ultimísima publicación no española al texto —completo— de García Lorca.

No se discute la libertad del constructor de una innovación dramaturgica, pero tal vez habría que desarrollar una reflexión: la de si un tan gran poeta como García Lorca puede ser enmendado provechosamente, recargando sobre su semiología dramática un aluvión de nuevos signos, muchos de ellos más inclinados a la visualidad enriquecida que a la profundización de los signos originales. La escenografía brillantísima de D'Odorico crea algún escenario fastuoso, bellissimo como el del principio del segundo acto, muy propio para ahondar en una escena fundamentalmente onírica, pero rompe la unidad espacial necesaria al conservar para el acto tercero la preciosa arquería, cuyos efectos de profundidad han enamorado la sensibilidad del director.

En un ambiente recargado, la acción pierde en finura sugeridora lo que gana, indebidamente, en furor y ruido. En muchas escenas, el texto gritado suplanta al texto matizado; la gesticulación, al misterioso hieratismo pensado por García Lorca, por ejemplo en la escena de los jugadores de cartas, alegoría refinada de las Parcas, lo mismo que el criado es una imagen sutilizada de la Muerte. El reiterado efecto de las horas que suenan subraya innecesariamente esa misteriosa inmovilidad aparente del tiempo que el autor marcaba en las seis campanadas de un principio, reduplicadas por el eco al final, cuando el espectador, advertido, cae en la cuenta de que el tiempo no ha pasado, nada real ha sucedido, todo estaba en el delicado juego de aparien-

cias que constituye el finísimo velo temporal que separa la vida de la muerte.

Desviaciones graves hay como la conversión de la máscara, llamada amarilla con acento italiano, en la figura algo esperpéntica y andaluzada a la que sirve Manuela Vargas, y la transformación de la biblioteca, y el aspecto de la Novia, lejano al soñado por el poeta.

El espectáculo, pese a todo, es esplendoroso. Muy sugestivo. Lástima que muchas sugerencias desuniversalicen el poema, lo recarguen de andalucismo «jondo» con todas las aportaciones folclóricas de cante, que lo reducen, lo localizan. Lo llevan hacia la esparñolada estelizante.

Carlos Hipólito da bastante bien el joven angustiado, obseso, desvalido, que pensaba Lorca. El Viejo tenía mucho más misterio —es un enorme símbolo— en la interpretación de Guillermo Marín. Pedregal lo hace más colérico, más humano. Algún corte aquí acentúa esa desviación. Pastora Vega aporta una preciosa figura, un rostro bonito. Dice desapaciblemente el texto, cosa que sucede a otros muchos personajes en los que el matiz ha cedido —ya se indicaba— al grito, recurso para tapar deficiencias expresivas. Ese es el caso de la Novia. Cristina Marcos la vulgariza.



Narros ha puesto en escena una versión lorquiana más teatral y menos poética que hace diez años

za. Le faltan verdadera sensualidad honda, pasión hervorosa, sustituida por el movimiento en la escena con el Jugador de Rugby, Begoña Valle, que repite, así que han pasado diez años, el personaje del Maniquí, ha dejado agriarse su voz. Compone bien la figura. Su precioso texto repartido —¿quién usará la plata buena, de la novia chiquita y morena?— con el Joven, queda pobremente dicho con daño de su poesía.

En cambio brilla la fealdad de Perpe Loma en el Gato, junto a la autenticidad infantil de Ismael Martín en el Niño, aunque la poesía de la escena queda un tanto desvaída. Angel de Andrés ha sido recargado de caricatura personal en su brevísimo parlamento algo infantilizado.

Imposibilidad de un análisis desmenuado. Este *Así que pasen cinco años* es un espectáculo esplendoroso, de grandes hallazgos visuales. Que la interiorización haya padecido de ellos es otra cosa. Sería demasiado atrevido suponer que al poeta le hubiera defraudado. Narros y D'Odorico han sobrecargado de preseas espectaculares un hondo poema transformándolo en un lujoso espectáculo.

Lorenzo LÓPEZ SANCHO

TEATRO

«ASI QUE PASEN CINCO AÑOS», de Federico García Lorca

Un brillante mural grandilocuente

«Así que pasen cinco años», de Federico García Lorca. **Intérpretes:** Carlos Hipólito, Helio Pedregal, Pastora Vega, Miguel Molina, Perpe Lorma, Ismael Martín, Fernando Sansegundo, Gabriel Garbisu, Cristina Macos, Rafael Rojas, Ana Labordeta, Begoña Valle, Licas, Paz Marquina, Ginés García Millán, José Carlos Castro, Macarena Vial, Milena Montes, Isidor Barcelona, José Luis Benet, José Antonio Mayenco, Angel de Andrés y Manuela Vargas. **Escenografía:** Andrea D'Odorico. **Figurinas:** Equipo Teatro Español. **Iluminación:** José Miguel López Sáez. **Música:** Enrique Morente. **Movimiento:** Arnold Taraborrelli. **Asesor de dirección:** William Layton. **Dirección:** Miguel Narros. Teatro Español.

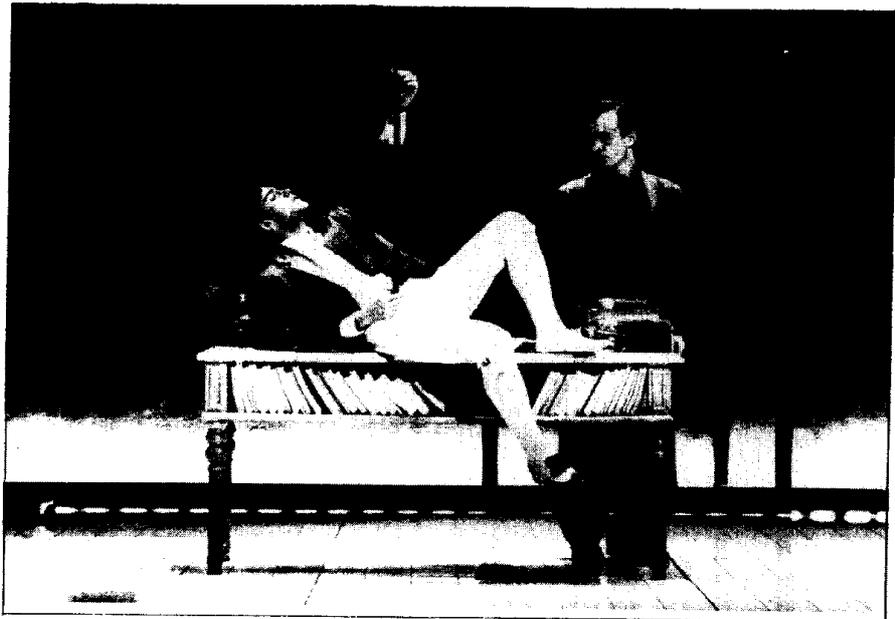
Alberto de la Hera

Las dos más difíciles piezas de todo el teatro lorquiano, «El público» y «Así que pasen cinco años», han merecido una loable atención por parte de nuestros directores en tiempos recientes. Dos montajes de la segunda, ambos de Miguel Narros, en diez años, y uno de la primera, de Lluís Pasqual, marcan un interés por penetrar hasta las últimas claves de las geniales construcciones dramáticas, avanzadas notoriamente sobre su época, del poeta granadino.

En los tres casos los resultados prueban la hondura del trabajo de ambos directores y la capacidad lograda por el teatro en España para contribuir de modo muy digno de atención al progreso del arte de la escena y a la seriedad de la investigación teatral. Ya cuando montó por vez primera «Así que pasen cinco años» demostró Narros que es posible traducir en imágenes el oscuro texto de Lorca y que la elección de una posible lectura de la propuesta dramática y literaria del poeta, por cuidadosa que fuese, no eliminaría otras posibles interpretaciones: «Así que pasen cinco años» se nos ofrece como un conjunto de símbolos no explicitados, que pueden abrirse en muy distintas direcciones.

La nueva lectura de Miguel Narros sobre esa maraña de simbolismos en que la pieza se desenvuelve es tan legítima como la anterior, puesto que el propio Lorca calificó «Así que pasen cinco años» como un misterio, «un misterio sobre el tiempo», y desde San Agustín hasta hoy el tiempo ha sido para cuantos han escrito sobre él una irrealidad inaprensible sobre la que todas las instituciones pueden resultar válidas.

«Así que pasen cinco años» posee un argumento simplísimo: la novia hace esperar al joven cinco



Miguel Molina y Carlos Hipólito, protagonistas de la obra.

FERNANDO SUAREZ

años para casarse y éste —enamorado— acepta la espera y desprecia mientras el amor que por él siente la mecanógrafa. Cuando, transcurrido el plazo, la novia opte por no casarse con él, el joven acudirá a la mecanógrafa, pero ésta le marcará entonces un nuevo plazo de cinco años.

Nada más. Pero en ese escaso argumento se contiene todo el drama de la inutilidad del paso del tiempo, toda la frustración del hombre que se engaña sobre el sentido de su vida y la deja perderse para nada. Toda la crítica ha entendido siempre que solamente hay en el drama un personaje real, el joven, y que cuanto vemos a lo largo de horas es tan sólo el devenir de sus pensamientos, el mundo interior de sus imaginaciones. Pero, real o imaginaria, la serie de sucesos —o de pensamientos— han de ser traducidas en personajes, en imágenes, en acción. Narros ha optado, sobre todo, por traducirla en espectáculos.

Su puesta en escena es, primordialmente, un espectáculo. Se diría que ha dado a la pieza el tratamiento que se da a una ópera. Que se ha enamorado del decorado y del recital. La escenografía, fantás-

tica, lujosa, atrevida, alcanza tal protagonismo que el director fuerza a la acción a acomodarse a ella. Y los actores recitan sonoramente un cántico orquestal. A veces parece también que asistimos a una representación de Benavente: hay una carga de realismo, falta precisamente misterio. El drama imaginado y cargado de símbolos se transforma en una obra social, en la que verdaderamente discutiéndose sobre una boda los diversos miembros de una familia burguesa. Sin que ayuden a crear el misterio los saltos disparatados del amigo, la ramptonería del viejo, el recitado de poemas como entre paréntesis, sin conexión con la acción central, el andalucismo en que todo se envuelve —quitándole intemporalidad a la obra al localizarla— o las procacidades sin causa de una novia en exceso naturalista.

Versión grandilocuente

¿Defectos? ¿Errores? No puedo afirmarlo. «Así que pasen cinco años» contiene tantas posibilidades que la elegida por Narros no puede discutirse y sí sólo indicar en qué dirección se orienta. Al lo-

calizar la acción (la música, la máscara que Manuela Vargas cubre de modismos andaluces); al dotar de realidad a los personajes indescifrables (los jugadores); al introducir elementos cómicos (la criada); al quitar a las escenas en verso (con la excepción de la que interpretan el gato y el niño, por otro lado recitada sin la precisa soltura) su carácter poético, al hacer todo esto, Narros ha optado por una versión de la obra muy poco intimista, muy claramente ordenada a la brillantez y grandiosidad de la escena en lugar de a su recogimiento intimista y misterioso.

Aceptémoslo así. Puede hacerse así. No lo hizo así el propio Narros hace diez años. Veamos este Lorca grandilocuente y artificioso con ojos de curiosidad y con semblante asombrado. Tal vez, puestos en esta línea, pudo Narros escoger un reparto más importante. Resulta muy arriesgado este montaje sin primeras figuras, cuando se busca precisamente el lucimiento del conjunto en un contexto de grandiosidad. La escena desborda a la compañía. Hay quien piensa que «Así que pasen cinco años» es una miniatura preciosa. Narros la ha presentado como un brillante mural.

CRITICA DE TEATRO

«Así que pasen cinco años»

José Monleón

Autor: Federico García Lorca. **Interpretes:** Carlos Hipólito, Helio Pedregal, Pastora Vega, Miguel Molina, Perpe Loma, Ismael María, Fernando Sansegundo, Gabriel Garbisu, Cristina Marcos, Rafael Rojas, Ana Labordeta, Begoña Valle, Licas, Paz Marquina, Ginés García Millán, Mañana Vargas, José Carlos Castro, Macarena Vial, Milena Montes, Isidor Barcelona, José Luis Benet, José Antonio Mayenco, Angel de Andrés. **Dirección:** Miguel Narros. **Escenografía:** Andrea D'Odorico. **Figurines:** Equipo Teatro Español. **Música:** Enrique Morente.

CALIFICACION: ★★

ESCRITA en el 31, rechazada por *Marjaria Xirgu*, puesta en ensayos por el grupo *Anfistona* en la primavera del 36, postergado el estreno para el otoño, interrumpido el proyecto por el asesinato del poeta y el comienzo de la guerra civil, *Así que pasen cinco años* forma parte de esa lista de obras españolas nacidas como vanguardia y estrenadas, muchos años después, como clásicas.

La paradoja —padece también por autores como *Valle, Alberti* y, en estos momentos, *Bergamín*— sólo puede explicarse a partir del conservadurismo tradicional de nuestra escena y del de-

seo actual de algunos directores en romperlo.

El hecho, en cualquier caso, tiene bastante de anómalo, pues muchas de estas obras están, con toda lógica, vinculadas a las más audaces corrientes estéticas de su tiempo y se han visto condenadas a alcanzar sus primeras formalizaciones cuando eran otros los rumbos experimentales y, en consecuencia, otros los gustos y las demandas de las minorías que debían sostenerlas.

De *Lorca* conocemos varias obras calificadas de surrealistas. *A Lluís Pasqual* le debemos un brillante montaje de *El público* y ha anunciado su propósito de despedirse del CDN con otro de *Comedia sin título*.

Al grupo del TEC —del que formaba parte *Miguel Narros*— hay que agradecerle que estrenara, hace una década, con casi medio siglo de retraso, *Así que pasen cinco años*, tres piezas de *Lorca* que suelen contraponerse a sus dramas del campo andaluz, mucho más alineados, aunque nunca suele faltar el momento, la situación y el personaje que escapan a él, dentro del realismo psicológico.

El que *Federico*, con *La casa de Bernarda Alba*, acabara aceptando esta segunda vía quizá se deba, a partes iguales, a la evidencia de que, a través de ella,



Carlos Hipólito y Helio Pedregal, en una escena del montaje de Miguel Narros.

llegaba mucho mejor a nuestro público y a la de que era más teatral, en el sentido de que contaba con una palabra más vinculada a la acción, más encarnable, frente al riesgo dramático de esa otra que detiene u obvida la historia para hacerse oír como poesía verbal, como soliloquio del autor mediante los distintos personajes en que se divide.

Así que pasen cinco años resulta, en este sentido, la más programática de las obras surrealistas de *Lorca*. No importa, en principio, que los personajes carezcan de existencia diferenciada, porque, desde el comienzo, queda claro que son vertientes de uno solo, del propio *Lorca*, lanzado a construir el círculo de su soledad y de sus profundas, y siempre contadas en sus obras, ansiedades afectivas.

Si en los dramas *agrarios*, o en *Mariana Pineda*, tales ansiedades condujeron a la muerte o al crimen de quienes las sufrían —*Ma-*

riana, Adela, Yerma, etcétera—, en *Así que pasen cinco años* se desvelan las cartas y es el propio *Federico* quien muere, no dejando de ser inquietante que los disparos de *Viznar* sonaran exactamente un quinquenio después de escrita la obra.

Aceptada esta condición instantánea y surreal de *Así que pasen cinco años* —el sueño premonitorio de un poeta lúcido—, surge de inmediato el problema de las imágenes, en tanto que la palabra, como tal, es sólo el eco poético, a veces un tanto retórico, de un pánico y de una angustia que deben expresarse fuera del texto.

La confrontación del personaje con los fantasmas imaginados en la agonía es, en definitiva, su yo más pleno, menos anecdótico, la expresión de toda la realidad del mundo convertida en su más absoluta subjetividad.

El reto, o la exigencia, es enormemente difícil, entre otras co-

sas por la señalada condición de obra de vanguardia nacida hoy y pensada en el pasado. Quizá por ello, en el Español hay demasiadas imágenes y palabras que escapan a la unidad última de la pesadilla, que suenan a puzzle formal, a solución *escénica* antes que a tragedia existencial.

Posiblemente falta sinceridad, pasión desnuda, en muchos momentos. O, tal vez, el problema está en que *Lorca* manejaba materiales implícitos que hoy se han perdido o se han vuelto cultura. El trabajo de *Narros* y el de su equipo, salvando a varios actores que no pueden con la palabra, es imaginativo y meritorio.

Pero la tragedia se enuncia más que se vive, nos llega más el *Federico* escritor que el hombre, transparente y asustado, que acepta y expresa la sinrazón de la existencia. Puede más la voluntad, un tanto dispersa, de juego, que la unidad última de la agonía.

AGENCIA INTERNACIONAL CAMARASA

Plaza Reyes Magos, n.º 12 - 28007 MADRID

Recorte de:

SUPLEMENTO
semanal

Fecha:

Teatro ■

Eva Peñalver

LORCA EN EL
TEATRO ESPAÑOL

«Así que pasen cinco años», la obra más compleja y enigmática de Federico García Lorca, ha subido por segunda vez en diez años a un escenario madrileño. En ambas ocasiones el encargado de dirigir el montaje ha sido Miguel Narros, subyugado por «el teatro imposible que plantea Lorca en esta obra». El texto deja abierta la puerta a la sugerencia, que esta vez roza los límites del absurdo. Las escenas se suceden buscando la sorpresa del espectador, que corre el riesgo de olvidar la belleza poética de la dramaturgia lorquiana.

No se pueden poner en duda los aspectos novedosos que esta pieza plantea dentro de la historia del teatro, que hacen disfrutar al público. Carlos Hipólito, Miguel Molina, Helio Pedregal, Pastora Vega, Manuela Vargas y Ángel de Andrés, entre otros, dan vida a los personajes de esta original pieza, donde el surrealismo alcanza altos niveles de ternura. La música de Enrique Morente y la escenografía de Andrea d'Odo-rico realzan esta atrevida producción del Teatro Español (calle Príncipe, 25. Madrid).

Teatro

EL Joven de *Así que pasen cinco años* ama a la jovencita quinceañera que se ha ido para tan larga ausencia. El Viejo lo invita a transformar en un poético y vago sentimiento de amor el real que dice sentir («¿No se atreve usted a huir, a volar, a ensanchar su amor por todo el cielo?»). Pero la invitación es rechazada con energía: quiere —o quiere querer— a aquella mujer concreta, y se refugia en la espera, tras la cual vendrá la noche en que podrá liar sus hermosas trenzas alrededor de su cuello. El anciano —no lo olvidemos: es el mismo— le recuerda que no existen tales trenzas. «Ya lo sé. Se las cortó sin mi permiso, naturalmente.» (Tienen significado psicoanalítico o simbólico esas trenzas?) El drama avanza con esta réplica: la muchacha no está tan enamorada del Joven como él afirma: es obstinada y rebelde, pura y dura mujer torquiana.

Que el esta más enamorado del amor que de la hembra se expresa por su negativa a llamarla «novia», es su «niña», su «muchachita». Porque la novia vincula a una realidad vulgar que lo horripila. Con ese nombre la ve sujeta a cambio, a envejecimiento y fealdad. Ni siquiera ahora, y ella es adolescente, puede resistir la proximidad de su cuerpo. La última vez que la tuvo cerca, le descubrió dos horribles arruguitas en el rostro: necesitó apartarse para ponerle de acuerdo con su corazón. «¿A que en aquel momento que la vieja, ella estaba completamente entregada a usted?», inquiriere el Viejo. Es evidente: el Joven está enamorado de un amor que no ponga a prueba los cuerpos.

Entre el recuerdo y el futuro, más ambiguo cuanto más lejano, ya que aplaca al Joven el trance de afrontarse, el presente comparece encarnado por la Mecanografía. Esta enamorada de él, y se despidió harta de sus desdenes. Rechaza el exhorto del Viejo a esperar: ella es el amor que no aguarda. Resulta temible para quien pone su esperanza en la espera: constituye un peligro, advierte el Viejo. Lo cual provoca en él

Por
FERNANDO
LAZARO
CARRETER



DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ENTRE LA ESPERA Y LA URGENCIA DEL GOZO

Joven otra confesión clave del drama: «Yo quisiera queriera como quisiera tener sed delante de las fuentes. Quisiera.» Su yo caduco intenta consolarlo de esa agonía, recordándole el falso amor de amar incorporeamente: «¿Qué haría usted mañana? ¿Eh? Pense. Mañana.»

El Amigo que llega se cruza con el Viejo que sale. Con él irrumpe la vehemencia de los gozos presentes. Es un subyugador de mujeres, que no obstante, ofrece atisbos homosexuales. Una sólida morena le gusta porque parece un domador, y éste puede «ser hermoso». Sus retozos con el Joven tampoco revelan una hombría muy definida. Con esa escena, como luego con la de la Novia y el Jugador de Rugby, el drama toma contacto con «El público»: en el sentir de Lorca, el macho o finge y se reprime, o es brutal; la mujer es cruel y apremiante sexo.

La escena, que resalta el apocamiento del Joven, recuerda otra vez la anulación de la secuencia temporal: la concentración de la historia en un punto sin tiempo. Vuelve el Viejo, justificándose: «Se me olvidará el sombrero... es decir, se me ha olvidado el sombrero.» Y, a continuación, la tormenta que entra desde el mundo aborrecido por el Joven, y que da paso a la prodigiosa escena del Niño y el Gato. Pretudian la situación en que acabará el

protagonista: son muertos que pugnan vanamente por huir de los «hoyos oscuros». (Pero será cinco años más tarde cuando el Joven cuente a la Novia y al Padre que acaba de golpear a unos niños porque estaban matando un gato a pedradas.)

El Niño es el hijo de la portera, que ha fallecido y lo llevan a enterrar: en la terraza están efectivamente los despojos de un gato apedreado. Prosigue la incitación del Amigo: en amor, la oportunidad no debe aplazarse. Pero el Joven sabe que ahora no puede, y que tal vez la espera lo cure. «Esperando, el nudo se deshace y la fruta madura.»

Viene entonces el Amigo 2, con otra sorprendente remisión a la intemporalidad: le han ayudado a entrar por la ventana cinco niños (actuales) que conoció cuando él era muy pequeño. Encarna el horror al paso del tiempo. No teme a la muerte sino a la vejez, que le arrebatará su rostro. Nota como ya hay ahora «un señor como usted, que anda por dentro de mí con dos o tres caviets preparadas... le dice al Viejo. Y al recordarle esto que nada escapaba a un inexorable deterioro —ni los trajes, que se rompen; ni las anillas, que se oxidan; ni las cosas, que se funden—, comenta: «Claro, todo eso pesa más adelante.» Pero el Viejo lo ataja contundente: «Al contrario. Eso ha pasado ya.» Para el Tiempo, narrador último

de la fábula: nada ha pasado ni pasará: todo está simultáneo y quieto en ese segundo inmóvil de las seis de la tarde en que el drama acontece.

Una última salida de la Mecanografía, insistente en su vitando ofrecimiento, para oír del Joven que no la necesita. Y así, entre ella —urgencia por usar del instante—, y el Joven —terror a su falta actual de sed, y esperanza de que el tiempo se la despierte—, el Amigo 2 «sueña un sueño de eterna juventud»: «Quiero morirme siendo / ayer, / Quiero morirme siendo / amanecer.» Dan otra vez las seis. Termina el acto primero sin que el rollo se haya movido.

Miguel Narros ha dispuesto acertadamente que no haya interrupción antes del acto segundo, donde el autor traslada la historia a la acoba de la Novia. No están las nubes y los ángeles pintados que Lorca quería, y apenas el estilo 1900, requiriendo para la acción más «realista» de esta parte del drama, de la cual, según Martínez Nadal, depositario de muchas confidencias artísticas del poeta, éste se sentía especialmente insatisfecho. Pero, sin referir a la intención del autor, el extraño esplendor del escenario contribuye a fortalecer la «irrealidad» de cuanto acontece.

Lorca no es piadoso con la mujer: él crearía en la Novia, que sólo hace dos días, recién vuelta de su viaje, se ha entregado al Jugador de Rugby. No le urgía romper con el Joven cuando era lejano el reencuentro. Le ha guardado inerte fidelidad, pero ahora la ruptura es ya irrazonable: no lo quiere. «Llegará mi novio, el viejo, el lirico...» Es el que hemos conocido en el acto primero como Viejo e inactivo. En los brazos de su tosco amante, le confiesa: «Mi novio tenía los dientes helados; me besaba, y sus labios se le cubrían de pequeñas hojas marchitas.» Delicadísima, se corto las trenzas porque le gustaban a él. Aquellas trenzas que el Joven sonaba como gozo supremo en la gran noche.

La Novia acentuará su desdichosa crueldad en las escenas siguientes. ■

Teatro

HABIENDO anunciado la criada de la Novia que el Joven ha llegado —ya han pasado los cinco años del drama de Lorca—, el Jugador de Rugby abandona la alcoba silbando masculinamente. La muchacha prodiga los sarcasmos contra su novio en un diálogo con la sirvienta, que reconviene a su señorita en los términos más prudentes. El pretendiente le parece guapo y delicado: da la mano sin apretar. Eso le gusta: rompió con un novio soldado porque le hacía sangre al estrechársela. Es, sin duda, de la estirpe del Joven; se queja de que, en su pueblo, una moza despidió al novio porque se subía a la torre para acercarse a la luna. Así va a proceder la señorita: embotado su espíritu, quiere mostrarse aborrecible al Joven. Y huir con el Jugador apenas lo haya despedido.

Aparece su Padre, viejo distraído, más atento a los sucesos del firmamento que a los de su casa. Pero se escandaliza cuando su hija le confirma que abortece al Joven, incapaz de subvenir a las exigencias de su carne.

A la llegada de éste, se encienden las bombillas que, en las previsiones de Lorca, portan los ángeles del tocador: saludan, sin duda a un inocente. El cual viene agitado tras su pelea con unos chicos que apedreaban al gato que apareció muerto en el acto primero, en su terraza. Da la mano a la Novia, que comenta: «Una mano fría. Una mano de cera cortada.» Pero él llega tan exultante que ha recordado de pronto todas las canciones que tenía olvidadas. Ha de oír de su Novia preguntas despectivas: ¿no era antes más alto, no sonreía con violencia, no jugaba al rugby, no llevaba un caballo de las crines? ¿Por qué jamás le hizo sangrar las manos al estrechárselas?

El Joven, puesto al fin ante la realidad de la hembra, se manifiesta animoso, dice encendidas palabras enamoradas. La Novia lo corta: ya es de otro. Se ha entregado al amor fecundo, no al de los

Por
**FERNANDO
LAZARO
CARRETER**
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA



FRACASO DE AMOR

sueños: «Entre los espejos y entre los encajes de la cama, oigo ya el gemido de un niño que me persigue.» El muchacho queda hundido, y expresa nitidamente su tragedia. No le duele el engaño de la Novia, a la que dice: «Tú no significas nada. Es mi tesoro perdido. Es mi amor sin objeto.» El Joven, que, en realidad, sólo amaba estar enamorado, la utilizaba como pretexto; su recuerdo idealizado cubría la necesidad o la mera voluntad de amar a una mujer. Ese sueño, ese tesoro, es el que se ha extinguido.

Siguen meros trámites: la devolución de regalos, las balbucientes excusas del Padre... Toda la trama, en este principio del acto, y buena parte de los coloquios, podrían ser los de una comedia tradicional, no muy sobrada de invención. Se ha señalado que preludia el triángulo de *Bodas de sangre*. Es, sin duda lo más débil de *Así que pasen cinco años*, aquello que el autor se proponía cambiar sustancialmente cuando volviera a Madrid, pasado el verano de 1936.

Yendo ya hacia su final este segundo acto, la obra regresa al ámbito misterioso y poético en que empezó. El blanco y bello vestido de novia que regaló el Joven a la amada, entra en escena iluminado por la luna, colocado en un Maniquí; el Joven tiene que llevarse lo. Y se entabla entre ellos un bello diálogo en verso. «¿Quién se pondrá mi traje? ¿Quién se lo pondrá?», pregunta desolado el Maniquí. Aquellas ropas de

virgen han quedado también sin objeto, cuando las animaba un «ansia de calor de boda». Su queja se vuelve contra el muchacho: «Pudiste ser para mí / potro de plomo y espuma... / Pudiste ser un relincho, / y eres dormida laguna... / Ella esperaba desnuda / como una sierpe de viento / desmayada por las puntas.» No sólo eso: ha robado el traje del niño que se aguardaba del Joven, el cual exclama con angustia al verlo: «¿Y si mi niño no llega?» En eso consistía su verdadera agonía, en la infecundidad que su flojera presagiaba. La futura *Yerma* revolotea también por los alrededores del drama.

El Maniquí, ansioso por dar destino al traje nupcial, le recuerda el fiel amor de la Mecnografía. «Ella te amaba y se fue.» Pero ha de quererla como un varón: «Tu niño canta en su cuna, / y como es niño de nieve, / espera la sangre tuya.» Niño de nieve, fría y descoloridamente potencial, precisado de la sangre del Joven para ser.

Una ilusión nueva prende en éste, que se promete llenar con su antigua enamorada el vacío de la desdenosa. El Maniquí queda rígido cuando ve entrar al Viejo, el «yo» senectel del Joven. Llegada poco oportuna, cuando éste acaba de proclamar su vigorosa decisión. Se queda «asombrado», indica la acotación. Y ha de decirle «agrio» a su «yo» experimentado y prudente: «No me hace ninguna falta.»

El Viejo viene llevándose las manos al punto en que el Joven, en la escena última, recibirá al final la flecha asesina. Los dos tiempos, pues, se superponen. La posibilidad de la vejez se le ha esfumado al muchacho, no la alcanzará, le ronda la muerte: la ha recibido con su fracaso de amor. «¡Ay, me has herido!», exclama el Viejo. «¿Por qué subiste? Yo sabía lo que iba a pasar.» El sabía que iba a suceder si el espiritual amador concretaba su amor en una mujer real, en la acuciante Novia. Si dejaba de aguardar.

Todavía lo exhorta a que espere, cuando lo ve salir en busca de la Mecnografía. Y otro anciano, el Padre de la Novia, repite la misma exhortación a su hija, al oír que huye en un automóvil. «Espera» es el clamor de ambos viejos, pero el Joven sale también, buscando, como la Novia, «la nueva flor de mi sangre». Se engaña a sí mismo para no morir.

En vano lo recordará el Viejo que lo deja herido. Es tanto como advertirle que tampoco a él le queda vida, que corre hacia una fantasmagoría. El Maniquí sabe la verdad: aquel traje blanco ya no será para mujer alguna. Tendrá un vago destino inanimado: «Se lo pondrá la ría grande para casarse con el mar.» Quedará sumido en la inmensidad del mar, que es el morir.

Y, en efecto, la acción se traslada en el acto tercero a un enigmático bosque, adonde llegan cuantos caminan hacia el recinto de la eterna inmovilidad, cuyo acceso gobiernan dos Carontes, el Arlequín y el Payaso. El canto del primero expresa la clave temporal de la obra: la identidad entre Sueño imposible y Muerte, y lo indivisible del tiempo en ambos. «Nadie puede abrir semillas / en el corazón del sueño... / El tiempo va sobre el sueño / hundido hasta los cabellos. / Ayer y mañana comen / oscuras flores de dueño.»

Allí van a comparecer muertos —niños, jóvenes, viejos—, en un presente tan inactual como las seis de la tarde de la función. ■

Teatro

EN el bosque, el Arlequín y el Payaso —éste con máscara de calavera— custodios del Hades, como lo era el Pastor Bobo de *El público*, ofrecen una primera muestra de su oficio, con una Muchacha vestida de negro; viene a una cita con su amante en el fondo del mar. Allí lo espera «dormido», dice el Arlequín, pero va a verlo enseguida. Ella muestra inquietud: «No me lo darás. / No se llega nunca / al fondo del mar». Es, en realidad, una Danza de la Muerte, en que la convocada, tan difunta como su amante ahogado, intenta escapar en vano a su fatal destino.

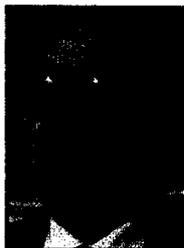
Aparece la Mecnógrafa contando su historia a la Máscara de Amarillo (color de postrimerías en la liturgia católica; de disimulación y cinismo en la tradición teatral china). Pero, jactancia del amor herido, se la narra al revés: ella fue quien desdeñó al Joven porque la amaba demasiado. Igual le ocurrió, dice la Máscara, con el conde Arturo, con quien tuvo un hijo. Pero su folletinesca historia es sonambular: ¿los abandonó, fue abandonada, pasaron hambre el padre y el niño, mendigó ella para éste? Se trata de una extraña fabuladora; cuya sórdida verdad de *déclassée* consiste en ser la portera, madre del Niño que murió en el acto primero.

Hasta tal punto la Mecnógrafa ha hecho suya la actitud del Joven, que repite sus primeras palabras aplazadoras: «Yo guardaba los dulces para comerlos después.» Ha asumido igualmente el desdén con que la trató.

Y he aquí que el protagonista se presenta en el bosque queriendo ir a su casa, seguido del Arlequín, que lo detiene: ningún camino permite salir de allí. En vez del paseo que busca, está el circo lleno de espectadores quietos, muertos por tanto, donde el Joven no quiere entrar. Sin embargo, le advierte el Arlequín, hay en él «oro blando» (metal que, endurecido, eternizó a augustos cadáveres); siendo blando, servirá «para hacer una estatua del mismo tamaño... que usted»;

Por
FERNANDO
LAZARO
CARRETER

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA



FINAL DE ASÍ QUE PASEN CINCO AÑOS

es decir, una estatua blanda al blando amor condenado a muerte. No entiende el Joven, e intenta evadirse, como antes la Muchacha de negro, como antes aún el Niño y le Gato. El Payaso cadavérico que le cierra ahora el paso, le trae a la Mecnógrafa, sacándola obviamente del circo de los extintos.

El Joven rompe en demandas ardorosas, que ella frena escéptica: «¿Cómo, si me abrazas, di, / no nacen juncos y linos, / y no destiñen tus brazos / el color de mi vestido?» Parece, sin embargo, acceder a acompañarlo, pero, al urgirle, repite al Joven la palabra más suya: «Espera». («Yo no espero; ¿qué es eso de esperar?», le había replicado en el acto primero, cuando él le exhortaba a hacerlo). Está jugando un juego de venganza que el Joven no entiende.

Vuelve la acción a la biblioteca del principio, más pequeña y pálida (por supuesto, nada de esto, con su simbólica alusión al paso exterminador del tiempo, podía verse en el Español), con los mismos personajes, y la Máscara amarilla, mezclando en su desvarío al conde Arturo y al Niño, cuya muerte anuncia. Pero han de representar ahora en un teatrillo que ocupa el centro de la escena, cuyo juego, difícil, parece poco definido; quizá lo dejara Lorca pendiente de revisión. Y, otra vez, la Mecnógrafa repite el distante y profesional trato del Joven. Como antes éste a ella, ahora le

pregunta si ha escrito ya las cartas. Pero añade: «¡Te he querido tanto!»; a lo que el muchacho, tan extrañamente enamorado, opone su presente: ¡Te quiero tanto!»; del que ella se evade aplazando: «¡Te querré tanto!»; es decir, en un futuro inútil. Ambos se declaran víctimas de sus respectivas esperas, destructoras del amor.

El Viejo comparece en el tablador, sangrando. Ha llegado, pues, a la antesala del Hades. El Niño de la portera cruza la escena, mientras ¿la Máscara? grita: «¡Mi hijo!» Palabra que en el Joven aviva el deseo del hijo en que hubiera cuajado su hombría; sólo es un anhelo de su corazón, allí reside encerrado, y no podrá existir.

La Mecnógrafa manifiesta a las claras su designio vengativo, tan lorquianamente mujer como la Novia. Su sarcasmo remeda en gran parte el lirismo con que el Joven sublimaba su inapetencia sexual. Ya en presencia del Arlequín y del Payaso, le asesta el golpe definitivo: se irá con él así que pasen cinco años. Los guardianes, jugando con el Joven lo encaminan al circo de los espectadores quietos. «Yo sé saltar el muro... Quiero volver», grita, mientras su yo Viejo señala resignadamente: «Por aquí». ¿Era necesaria esta pasión y muerte del Joven, para que naciera el Lorca que se asume? Poco antes había regresado de Estados Unidos de Cuba.

Tras esa aventura en la antesala de aquel Averno sin Dios ni demonio, el poeta nos hace ver cómo fue el morir del Joven. El mismo día y hora en que todo empezó, ambos fuera de calendario y reloj, visitan en su casa al Joven tres Jugadores que vienen a ganarle el as de corazones. Inútilmente se resiste a entregarlo; muestra al fin la carta, que el público debe ver (no en el Español) iluminada en los anaqueles de la biblioteca, y al que el Jugador 1.º dispara una flecha. Huye con sus compañeros cortando invisibles hilos con unas tijeras —son las Parcas— mientras el Joven agoniza. El reloj da doce campanadas: puede seguir midiendo nuevas vidas hacia la muerte.

Así que pasen cinco años es un gran poema dramatizado. Como lírico, García Lorca habla su propia lengua y apenas coopera para ser entendido. Es el lector —o espectador aquí— quien ha de dar sentido a la obra. La crítica tiene como misión ayudarle. Nuestra exégesis, precisaría de mayor espacio, aunque hemos gastado mucho. Convendría, lo repetimos, que el director del Español se hubiera comprometido en algo parecido. Al ignorar cómo «leyó» el drama, apenas podemos juzgar su trabajo. Algunos apuntes de su cuaderno de dirección me fuerzan a disentir. ¿Es la Muchacha de negro, por ejemplo, una «niña» despertando a la adolescencia, el amor que se sueña», o una convidada a la Danza de la Muerte, según hemos dicho? No cabe olvidar la abundancia de ahogados en la poesía lorquiana.

La interpretación apenas puede ser juzgada en términos de adecuación al texto, al ignorar cómo fue entendido éste. En la acción escénica, resaltó extraordinario Carlos Hipólito (el Joven), y muy aceptable Cristina Marcos (la Novia). La Mecnógrafa no existió. Y fue penosa la Máscara de amarillo, habiendo un andaluz apenas inteligible, cuando el autor quería que se expresara con un tono ligeramente italiano.

Experiencia interesante, pero ¿caustada a Lorca? ■